

La Misión del Profesor en la Universidad

Por Augusto González Velásquez

Me ha resultado difícil en verdad acometer este esbozo de ensayo sobre la misión del profesor en la universidad.

A diferencia de mis compañeros de ponencia, no soy especialista en aspecto ninguno de la pedagogía o la docencia. Por lo mismo, la primera dificultad viene, primordialmente, de mi poca experiencia en estos menesteres, ya que por primera vez me veo forzado a concretar una serie de ideas que han sido intuídas, o bien extraídas de una vida profesional que ya sobrepasa los dos lustros y que nunca pensé que sería necesario recoger u ordenar. Para mí, enseñar ha sido ante todo una explosión vital y debo confesar que aún no sé si esta actitud debe ser considerada como una cualidad o como un defecto.

Por otro lado, el tema mismo es amplio, escurridizo, con variados enfoques; tantos, cuantos criterios o ramas existen en el ejercicio universitario. Considero que para los fines del seminario que nos reúne, lo más acertado sería convertirlo en un ensayo de filosofía de la docencia, que defina conceptos y fije objetivos, que al fin de cuentas debe ser el comienzo de cualquier intento de organización de la enseñanza en la universidad. Y creo entonces que, en consecuencia, el éxito de la ponencia está en manos del profesor Uribe Ferrer, que sabrá aprehenderla y organizarla como es debido bajo este aspecto filosófico, en el cual yo me declaro de antemano poco hábil y profundo.

Creo que para mí, es más fácil iniciar la ordenación de estas pocas ideas personales, haciendo exactamente al revés de los filósofos: esto es, echando por delante la síntesis que ellos reservan para el final. Que además, es una síntesis de Perogrullo que se me ocurre al acordarme de una bella frase con que en días pasados un profesor amigo inició un "martes del paraninfo": "La universidad es la plenitud de la escuela".

Yo pienso que si ello es así; el maestro universitario ejerce con plenitud este noble menester de enseñar, que es (y aquí está la perogrullada) su verdadera y única misión en la universidad.

En sus raíces latinas, enseñar nos habla de **distinguir**; de señalar (concepto de actividad distinguida entre otras, de hombre señalado entre sus semejantes).

Y dice el diccionario que enseñar es **instruir**: "Enseñar: instruir".

Instruir, etimológicamente, es **construir** (vocabulario arquitectónico, me diréis). Y con un eufemismo un tanto complaciente, construir es también dar forma. Así pues, quien enseña, construye.

Es decir, da forma a una nueva mente y toma decisivo papel en la modelación de su aspecto definitivo.

Para quienes recibimos a los recién llegados a la universidad, este planteamiento de sabor retórico tiene características de una objetividad manifiesta. Pues por razones que sería muy interesante analizar alguna vez, es necesario retomar en el umbral universitario la formación del alumno, en estadios que, por lo elementales, deberían estar superados desde los años del bachillerato.

Aunque nada tiene esto de extraño, pues en la esencia misma de la universidad está esta recreación de formas de vida. Aún más, yo diría que sin tal recreación permanente, no habría universidad verdadera. Notad bien que digo permanente. Porque la labor que se inicia con el joven universitario del primer año, no debe terminar cuando abandona las aulas, sino que debe prolongarse más aún, puesto que la formación no termina jamás.

Y si nos quejamos de que en el comienzo mismo de la vida universitaria hay que acometer una recreación vital, no estaremos aceptando que la labor docente superior debe comenzar antes de esta iniciación?

Se conformaría pues así mi primer planteamiento, de que la misión del profesor universitario se desenvuelve a lo largo de tres etapas:

- a) Antes de la vida universitaria (preformación).
- b) Durante su transcurso (formación).
- c) Después de su terminación (post-formación).

Para suplir la ausencia de la universidad en lo que podríamos llamar la preformación del alumno, hemos tenido que recurrir en los períodos primarios de la enseñanza superior, a unas estructuras de orientación que no solo le preparen y le dispongan para la profesión escogida, sino que le informen sobre los objetivos técnicos, científicos o sociales que en ella se buscan y de las facilidades e inclinaciones naturales que exige en quienes quieren dedicarse a ella.

En el caso específico de la docencia de la arquitectura, los profesores de los primeros años vemos que el alumno carece por completo de herramientas para afrontar esta profesión, debido a que no ha tenido una preformación en el campo de las artes visuales, por ejemplo.

Y en esta profesión se ve también lo que debe ser manifiesto en la enseñanza de otras profesiones técnicas: me refiero a la falta del espíritu de investigación, que es mal que se achaca a la universidad colombiana, pero que en parte es defecto de preformación; preformación con enraizamientos en los primeros pasos del jardín infantil y la primaria.

Y me refiero también a la falta de una metodología de estudio. Nuestros jóvenes universitarios no saben estudiar (muchos no estudian para aprender, porque no saben siquiera consultar una biblioteca). Yo he tratado sin éxito de implantar en mis clases unas lecturas controladas por medio de tarjetas, que debería ser un sistema extendido a toda la universidad, pero aprendido antes, cuando el muchacho debió ser preparado para el arduo trabajo de aprender. Estas y muchas otras, son fallas que anotamos a nuestros universitarios, pero de las cuales no podemos hacerlos responsables. Quienes las conocemos, tenemos que remediarlas y yo pienso que hacerlo en la universidad como lo tratamos de hacer ahora movidos por una alarmante situación de emergencia, es, si no inoperante, al menos desaconsejable por la pérdida preciosa de tiempo que significa. Cuánto se aliviarían los recargados horarios, si nouviésemos que preocuparnos por componer lo que no tiene por qué llegarnos descompuesto.

De tal manera que es necesario afrontar como parte de nuestra misión, organizar y planificar la **preformación** universitaria.

Naturalmente no podremos lograrlo por nuestra propia cuenta y riesgo, sino en estrecha colaboración y por decirlo con una palabra de moda, en equipo con los pedagogos y educadores secundarios y aún de primera enseñanza. Creo que hay aquí un magnífico campo para experimentar lo que podríamos llamar una **preformación integrada**.

Durante el período de formación, es decir, en los años universitarios, la misión del profesor se cristaliza en un encuentro de generaciones. Yo no concibo que entre alumno y maestro exista una relación pasiva y por eso uso esta palabra **encuentro**, que nos da idea de situación dinámica, en la que ambas partes tienen algo que aportar, para llegar, de común acuerdo, a un objetivo único, que es lograr que el alumno encuentre su propia verdad del hombre y del mundo.

Por los senderos del humanismo, de la técnica y de la ciencia, esa verdad del hombre y del mundo debe ser alcanzada a través de ese encuentro, a través de esa relación. Pero es una relación que no puede ser subordinación, porque a la verdad que se busca en la universidad no se llega sino por los caminos de la libertad y del propio esfuerzo. El profesor señala los rumbos, pero el alumno pone todos los medios para llegar.

Siempre he pensado que el profesor universitario es un puente, un enlace a través del cual llegan los alumnos hasta ese tesoro común que es la tradición de la cultura y la civilización. Cuando se habla de que nuestras universidades jóvenes no tienen tradición, yo me pregunto extrañado: pero no es acaso nuestra tradición la misma de toda la cultura universal? Es acaso la civilización un patrimonio exclusivo de ciertos países, grupos o instituciones?

A través de otros profesores y del estudio y de una interminable cadena, la tradición de la cultura llega hasta el profesor de estas universidades, que es a su vez el encargado de transmitirla, enriquecida a su propia escala personal y ambiental, para que esa cadena no se interrumpa jamás.

Esto significa que el profesor universitario, para cumplir esta misión de enlace, debe vivir en trance permanente de universalidad.

Ya vimos que enseñar es formar. Y no forma el profesor que satisfecho de haber aprendido muy bien sus matemáticas, o su historia, o su derecho civil, se limita a repetir con perfección, año tras año, los mismos teoremas y los mismos artículos, olvidándose de que el mundo evoluciona a velocidades increíbles y que su ciencia se marchita y que si no está encadenada a otras ciencias es muerta e inútil y no será capaz de despertar en sus jóvenes oyentes ni una chispa de fervor por la verdad universal.

Estas últimas palabras me dan la oportunidad de hacer mención de otra faceta en la misión del profesor universitario. Esa chispa, ese fervor, tienen otro nombre en el lenguaje común: **la mística**.

Yo no sé por qué situaciones de orden pedagógico, o quizás como decíamos antes, de desviación de la preformación, el alumno que por su edad y su vigor hace pensar en un constante empuje dinámico hacia adelante, exige entre nosotros ser acicateado, casi arrastrado constantemente. Y el profesor, en razón de la cercanía espiritual que está obligado a mantener con él, es el llamado a convertirse en ese acicate. El nuevo mundo de símbolos y conceptos que él crea al alumno, debe traducirse en permanente motor de inquietudes. Cada vocablo, cada gesto casi, deben insinuar una pregunta, un por qué. Su propio fervor, su propio calor tienen que ser de tal medida, que se transmitan y prodiguen sin agotarse nunca.

Usando otra vez el símil del profesor puente, del profesor enlace, decimos que también lo es entre el alumno y la comunidad.

Miembro de esa comunidad. Ligado a ella por los nexos del trabajo o de la afectividad; compenetrado con ella a través de las experiencias, la investigación y el estudio e impulsado por su ecuménica concepción de la vida, el maestro universitario irá guiando a sus discípulos hasta que descubran que la propia verdad que buscan se identifica con la verdad de la comunidad. En este instante, con un maravilloso chorro de luz, se alumbra el camino para que la universidad se realice con plenitud y cumpla con su destino.

Este destino, es su identificación con la comunidad.

Al decir universidad, no decimos alumno, o profesor, o egresado. Con esa palabra expresamos una colectividad orgánica, compuesta por todos estos estratos y en la que se dan cita las más variadas disciplinas humanas. Este organismo como tal, es el que busca identificarse con la comunidad de la que es parte y solo podrá hacerlo con éxito, por medio de la coordinación e integración de todos los sistemas de que dispone para ese fin.

Con la anterior explicación, queda aclarado de antemano que dentro de la misión del profesorado de la universidad hay también una labor de coordinación, donde se le exige una vez más la universalidad que le permitirá acometer labores a un nivel interdisciplinario. Y si su lenguaje es el de la técnica, sabrá sin embargo entender al humanista y comprenderá cuál es el momento en que es necesaria su presencia para que su propio trabajo llegue a buen fin.

En esta coordinación está comprendida también la tercera de las etapas a que me referí antes: **la post-formación**.

Primer Encuentro de Profesores de Facultades de la U.P.B.

Esta se lleva a cabo de diferentes maneras y no creo del caso extenderme en ellas. Bástenos saber que una, es por medio de una docencia post-universitaria, donde las relaciones cambian puesto que ya su ritmo es el de mundos similares, que se ayudan y complementan.

Y otra, donde vuelve a representar su papel de enlace, vinculando los post-graduados a esas actividades con que se busca que la universidad, integralmente, se vuelque sobre la vida toda de la comunidad.

Hasta aquí, al analizar tan desordenadamente algunos aspectos de la misión del profesor universitario, me he movido siempre por los terrenos del **que**. Pero mi propia disciplina profesional me lleva con rapidez a pensar concretamente y siento la necesidad de pasar del **que** al **como**, adoptando posiciones prácticas.

Para todos nosotros es claro que la docencia, como cualquier actividad, tiene modos de ser realizada que le son peculiares, sistemas que la hacen más eficiente, métodos que la facilitan. Y son precisamente los que se definen con una palabra: pedagogía. La cual es una ciencia que, además de que tiene que ser aprendida, exige en quien va a practicarla algo de disposición especial y mucho de vocación para su ejercicio.

En el caso de la enseñanza universitaria, donde se trata de transmitir ciertos conocimientos especializados, la pedagogía general no basta, pues cada materia tiene su metodología, que, o bien es propia de su esencia, o está imbuída del enfoque o la orientación general que se ha dado a la facultad o instituto en que se enseña.

Con esto queda dicho con claridad que un profesor universitario que cumpla cabalmente con su misión, no se improvisa. Como para todo oficio, tiene que ser preparado, una vez que se está seguro de su inclinación y vocación.